

modo, sino que pensara que era trácala tuya, ¿qué te había de hacer? Ya estás en la cárcel, hijo; ni más adentro, ni más afuera.

Pero no tengas cuidado de que lo sepa, aunque vendas hasta los bancos públicamente, pues aquí todos nos tapamos con una frazada,¹ y no te descubriéramos, si el diablo nos llevara.

—Yo creo cuanto me dices, le contesté; pero mira, ese sujeto es un buen hombre; ha hecho confianza de mí; se ha dado por mi amigo y lo ha manifestado llenándome de favores. ¿Cómo, pues, es posible que yo proceda con él de esa manera?

—¡Qué animal eres! decía el Gavilán; lo primero, que esa amistad de don Antonio era por su conveniencia, por tener con quién platicar, y porque con nosotros no tenía partido por mono, ridículo y misterioso: lo segundo, que ya embriagado con su libertad, no se acordará en la vida de estos *tiliches*,² así como no se ha acordado en cuatro días que há que salió: lo tercero, que en caso que se acuerde es fuerza que crea la disculpa sin hacerte cargo del robo; y lo cuarto y último, que eso no se llama agraviar á los amigos, pues tú no le haces ningún agravio, ni le quitas su mujer, ni su crédito, ni sus intereses, ni le das una puñalada, ni le

¹ Frase familiar con la que se da á entender que dos ó más se disculpan mutuamente, encubriendo así sus picardías ó manejos comunes. E.

² Trapos viejos y hechos pedazos. E.

haces ninguna injuria á sus sabiendas. Le vendes una que otra friolerilla por pura necesidad y sin que lo sepa; lo que es señal de grande amistad. Si le hicieras algún daño cierto de que lo había de saber, era señal de que le querías agraviar; pero venderle cuatro trapos, seguro de que no lo sabrá, es la prueba más incontestable de que le quieres bien, lo que puede aquietar tu interior.

Finalmente, tanto hizo y dijo el pícaro mulatillo, que yo, que poco había menester, me convencí y empeñé en cinco pesos unos calzones de paño azul muy buenos, con botones de plata, que había en la caja, y nos fuimos á poner el montecito sin perder tiempo.

Como moscas á la miel, acudieron todos los pillos enfrazados á jugar. Se sentaron á la redonda, y comenzó mi amigo á barajar, y yo á pagar alegremente.

En verdad que era fullero el Aguilucho, pero no tan diestro como decía; porque en un albur que iba interesado con cosa de doce reales, hizo una deslomada tan tosca y á las claras, que todos se la conocieron, y comenzando por el dueño de la apuesta, amparándolo sus amigos, y al montero los suyos, se encendió la cosa de tal modo que en un instante llegamos á las manos, y hechos un nudo unos sobre otros, caímos sobre la carpeta del juego, dándonos terribles puñetes, y algunos de amigo, pues como estábamos tan juntos y ciegos de la cólera, los repartíamos sin la mejor puntería, y solía-

mos dar el mejor mojicón al mayor amigo. A mí, por cierto, me dió uno tan feroz el Aguilucho, que me bañó en sangre, y fué tal el dolor que sentí, que pensé que había escupido los sesos por las narices.

El alboroto del patio fué tan grande, que ni el presidente podía contenerlo con su látigo, hasta que llegó el alcaide, y como no era de los peores, nos sosegamos por su respeto.

Luego que nos serenamos, y estando yo en mi departamento, me fué á buscar mi compañero el Aguilucho, quien, como acostumbrado á estas pendencies en la cárcel y fuera de ella, estaba más fresco que yo, y así con mucha sorna me preguntó cómo me había ido de campaña. — De los diablos, le respondí; todos los dientes tengo flojos y las narices quebradas, siendo lo más sensible para mí que tú fuiste quien me hizo tan gran favor.

—Yo no lo sé, dijo el mulatillo; pero no lo niego, que cuando me enojo no atiendo cómo ni á quién reparo mis cariños. Ya viste que aquellos malditos casi me tenían con la cara cosida contra el suelo, y así yo no veía á dónde dirigía la mano. Sin embargo, perdóname, hermano, que no lo hice á mal hacer. ¿Y es mucha la sangre que has echado? — No había de haber sido tanta, le respondí, sobre que hasta desvanecido estoy. — No le hace, añadió él. Sábeta que no hay mal que por bien no venga, y regularmente un trompón de estos bien dado,

de cuando en cuando, es demasiado provechoso á la salud; porque son unas sangrías copiosas y baratas que nos desahogan las cabezas y nos precaven de una fiebre.

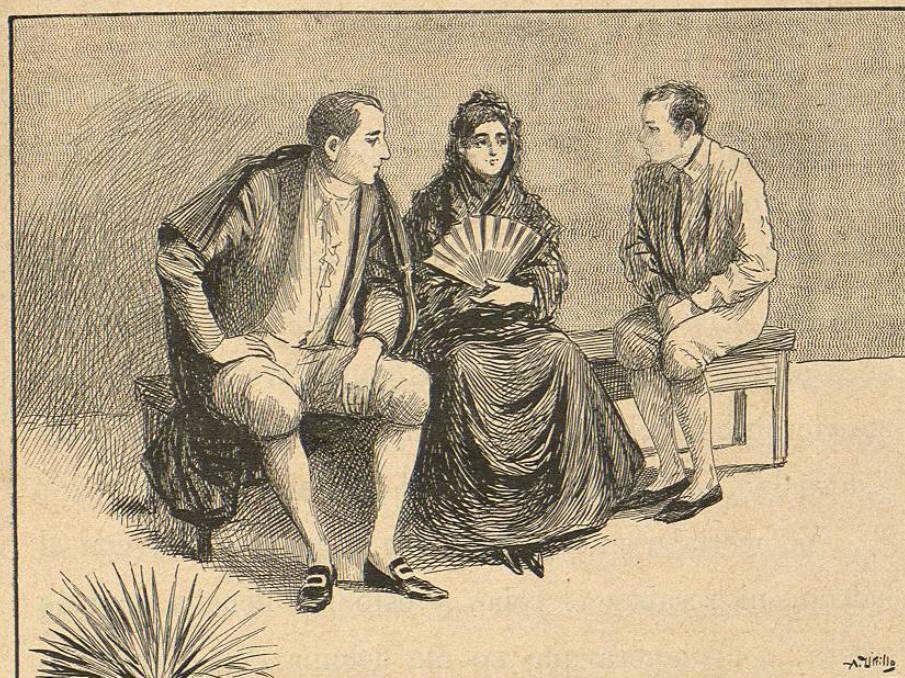
— Maldito seas tú y tu remedio condenado, le dije; y será mejor que en la vida no me apliques otra semejante sangría. Pero dime: ¿cómo salimos de monedas? Porque será la del diablo que después de sangrados y magullados hayamos salido sin blanca.

— Eso sí que no, me respondió mi camarada, las tripas hubiera dejado en manos de mis enemigos primero que un real. Luego que ví que nos comenzamos á enojar, procuré afianzar la plata, de suerte que cuando el general tocó á embestir, ya los medios estaban bien asegurados.

— ¿Y dónde? le pregunté; porque tú no tienes chupa, ni camisa, ni calzones, ni cosa que lo valga, ¿conque dónde los escondiste tan presto? — En la pretina de los calzones blancos, me contestó, y entre el ceñidor, y por acabar esa maniobra, me pusieron como viste, que si desde el principio del pleito me cogen con ambas manos francas, otro gallo les cantara á esos tales; pero no somos viejos y sobran días en el año.

— Vaya, deja esos rencores, le dije; á ver lo que me toca, porque ya me muero de hambre y quisiera mandar traer de almorzar. — Ya está corrida esa diligencia, me contestó el Aguilucho, y por señas que ahí viene tío Chepito, el mandadero, con el almuerzo.

En efecto, llegó el viejecito con una canasta bien habilitada de manitas en adobo, cecina en tlemole, pan, tortillas, frijoles y otras viandas semejantes. Llamó el Aguilón á sus camaradas, y nos pusimos todos en rueda á almorzar en buena paz y compañía; pero en medio de nuestro gusto nos acordábamos del pulquillo, y su falta nos entristecía demasiado; mas al fin se suplió con aguardiente de caña, y fueron tan repetidos los brindis, que yo, como poco ó nada acostumbrado á beber, me trastorné de modo que no supe lo que sucedió después, ni cómo me levanté de allí. Lo cierto es que á la noche, cuando volví en mí, me hallé en mi cama, no muy limpio y con un fuerte dolor de cabeza; y de esta manera me desnudé y procuré volver á dormir, lo que no me costó poco trabajo.



CAPITULO IX

En el que Periquillo da razón del robo que le hicieron en la cárcel; de la despedida de don Antonio; de los trabajos que pasó, y de otras cosas que tal vez no desagradarán á los lectores

Luego que amaneció se levantaron los presos de mi calabozo, y yo el último de todos, aunque con bastante hambre, como que no había cenado en la noche anterior. Mi primera diligencia fué ir á sacar una tablilla de chocolate para desayunarme; pero ¡cuál fué mi sorpresa, cuando buscando en mi bolsa la llave de la cajita, no la hallé en ella, ni debajo de la almohada, ni en parte alguna,